



Desaparecer es contagioso

CLAUDIO LOMNITZ

Muchas veces, cuando reviso el Twitter, aparecen fotos de personas desaparecidas. Casi siempre son mujeres. A veces hombres. Casi siempre j3venes. “Se busca.” “Cualquier informaci3n, por favor llame a...” “La buscamos desesperadamente.” “Mi prima.” “Mi hija.” El Twitter de hoy lleva un mensaje reportando a cinco mujeres desaparecidas en San Mart3n Texmelucan...

Todav3a no alcanzamos a asimilar lo que significa desaparecer. Lo que significa vivir en un pa3s en que se desaparece a personas todos los d3as. Lo que significa vivir en un pa3s en que casi no hay un pueblo en que no haya alg3n desaparecido. Donde secuestran mujeres para venderlas. Donde roban hombres para pedir rescate, o para inculparlos de alg3n crimen, o simplemente para matarlos en alguna otra parte. No sabemos bien lo que significa, pero s3 que el hecho nos incomoda bastante. Tanto, incluso, que frecuentemente buscamos ignorarlo. No saber qu3 hacer con los desaparecidos, pero sentimos que debemos hacer algo. Hasta en el Twitter siento dudas: ¿debo o no picar un retuit? Usualmente termino basculando en contra, porque no tengo fe en que los amigos que tenga la puedan llegar a ver, y por no querer inundar a mis “seguidores” con una clase de noticia que, en M3xico, es una constante.

Hay mucho qu3 pensar respecto de esa incomodidad. En las entrevistas que he tenido con familiares de desaparecidos, veo que la desaparici3n es en realidad un fen3meno contagioso, que genera un enorme vac3o en torno de cada desgracia.

Cuando una persona es desaparecida, sus parientes usualmente inician una b3squeda, y si esa persona no aparece pronto, la espera empieza a extenderse como una planicie 3rida, interminable. Y los parientes comienzan a vivir con la presencia perpetua de un ausente, de la persona que ha sido robada y que est3 sufriendo quiz3, en alguna parte. ¿Vive a3n o ha muerto? No pueden estar seguros, ni siquiera en casos en que la probabilidad de la muerte es muy elevada. Por eso no puede haber duelo para el desaparecido, finalmente no se sabe si ha muerto o no, y aun si se le supone muerto, no se sabe cu3ndo sucedi3, ni d3nde, ni d3nde quedaron sus restos. No se pueden retirar los restos del lugar en que fueron arrojados, por alguien que los trat3 como basura, para reintegrarlos al amor de su familia.

La desaparici3n implica que no hay posibilidad real de vivir un duelo y eso deja a los familiares del desaparecido en un limbo. No pueden volver a la vida

“normal”. Viven en una emergencia perpetua, en la que, por otra parte, no pasa ya nada. Y si el familiar hubiera muerto, el deseo de arrancar al ser amado del lugar del odio y del desprecio en que fue aventado, tirado o enterrado, se vuelve un fantasma, un imperativo. Sin esa reunión, no hay duelo posible. Y sin duelo, no hay paz.

Hay muchas consecuencias de una situación así. Esposos que abandonan a sus esposas, porque les recuerdan al hijo o a la hija desaparecida y a su impotencia diaria ante el hecho. Madres que convierten la búsqueda en el nuevo centro de sus vidas, abandonando sus actividades de antes. Madres y padres que se sumen en la depresión o en el alcohol... Los padres de un desaparecido no pueden volver a la vida que conocieron antes.

Ese estado sicosocial, esa vida con una herida abierta, tiene un efecto que se ha discutido poco, que es que el vacío que asociamos con la desaparición se va extendiendo en la sociedad, como una mancha.

La madre o el padre o la hermana o hermano de un desaparecido empieza poco a poco a sentirse invisibilizada en su ambiente social. No puede hablar de lo que ha hecho en su día (buscar a su pariente, por ejemplo, o deprimirse, o tratar de huir) porque el tema ya empieza a incomodar a sus amigos, que demasiadas veces no saben ya qué hacer ni cómo comportarse (como yo me incomodo cuando no sé qué hacer ante un tuit desesperado, que anuncia la desaparición de una persona). Esa mamá empieza entonces a sentirse invisible en su círculo social, incluso entre sus parientes.

Y el vacío tampoco se detiene ahí. Los otros hijos de esa madre –los hermanos del desaparecido, y muchas veces también su marido– pueden sentirse menos importantes para su madre que antes de la desaparición, y empiezan a sentir que ellos, también, comienzan a borrarse. A desaparecer.

Así, el sufrimiento infinito, interminable, provocado por la desaparición va creando círculos concéntricos de silencio. Toda una topografía del vacío social. Unos hoyos en el tejido de la comunicación que dejan a la sociedad mexicana como un queso suizo, llena de agujeros. Las fosas clandestinas, las barrancas, cuevas y pozos donde tiran los cuerpos tantas víctimas a todo lo largo de la República dejan sus hoyos correspondientes en el tejido social. La desaparición es entonces contagiosa. Y así poco a poco México se va llenando de gente que está viva, muy viva, pero que no puede ya nunca volver a eso que, hasta hace poco quizá, llamó “vida”.

Costo de la ciudadanía duplica en octubre ¡Aplica ya!

FileRight | Patrocinado

Man Who Predicted 2020 Crash Says "Now Is The Time"

The Legacy Report | Patrocinado

México SA

Once ministros componen la Suprema Corte de Justicia de la Nación: cinco fueron nominados por El Borolas, uno por Vicente Fox, dos por Enrique Pe...
La Jornada

El examen de ciudadanía estadounidense no es difícil. Te contamos porqué.

FileRight | Sponsored

Copyright © 1996-2018 DEMOS, Desarrollo de Medios, S.A. de C.V.
Todos los Derechos Reservados.
Derechos de Autor 04-2005-011817321500-203.